

LOS PIONEROS DEL CINE



MARCO
MUSEO DE ARTE CONTEMPORÁNEA DE VIGO



@cineclubsunset

¿Y si no fueron los hermanos Lumière?

En la primavera de 1868 nació en Tardajos, Burgos, un niño al que llamaron Mariano, de apellidos Díez Tobar. Hijo de labradores, Mariano era un niño audaz, adelantado y muy inteligente. Pronto fue introducido en la carrera religiosa, la cual devoró con precocidad, convirtiéndose en Padre Paúl y maestro. Su interés y estudio en las “ciencias positivas”, matemáticas y física, sumado a su enorme talento e ingenio, hicieron de él un inventor voraz.

Paralelamente en la segunda mitad del siglo XIX, el mundo continuaba su progreso en busca de la máquina final que fuera capaz de transmitirnos las imágenes en movimiento. Del fenaquistiscopio de Plateau, al teatro óptico de Reynaud, pasando por el quinetoscopio de Edison y las investigaciones fotográficas de Muybridge, nos plantamos en 1895 con los fotógrafos, empresarios e inventores Hermanos Lumière y “su” cinematógrafo.



Mariano Díez Tobar detrás de alguno de sus inventos.



El cinematógrafo del Padre Díez, en el Museo de Baños de Molgas (Ourense)

1895, hermanos Lumière. 1892, tres años antes, el padre Díez había dado una conferencia en Murguía, Álava, con el siguiente tema: “El cinematógrafo: descripción del aparato por el que las imágenes de las personas, lo mismo que las demás cosas, sea que en el acto existan, sea que no existan, aparecen al vivo y como si fueran realidad, con sus colores y movimientos, etc., ante nuestra vista”. Además, está documentada la asistencia de Flamereau, representante de Lumière en España, a uno de los seminarios del Padre Díez años antes de la archiconocida presentación del cinematógrafo en París. Finalmente, los Lumière invitaron al padre Mariano a su selecta presentación de Madrid, como agradecimiento.

El padre Díez siguió inventando aparatos increíblemente futuristas. Fue investigado por herejía y terminó destruyendo sus notas. Finalmente, obediente, continuó como maestro el resto de su vida.

Como último recuerdo tenemos esta frase que el padre añadía a sus seminarios: “El conferenciante autoriza con absoluto desinterés a cualquiera de los asistentes para que lleve a la práctica cualquiera de las ideas o conceptos que encuentre nuevos en sus conferencias”. Él no perseguía el prestigio pero, quizás, se merezca nuestro conocimiento y reconocimiento.

Alice Guy, la gran olvidada

Cuando la escritora e investigadora Alison McMahan comenzó a estudiar la vida de la cineasta Alice Guy (París, 1873), allá por 1992, "se sabía de la existencia de unas cuarenta películas". Hoy se conservan unas 110 de las más de 1.000 que dirigió.

Hablamos de la, según muchos, primera directora de una película de ficción (con el permiso de los hermanos Lumière). Hablamos también, de la primera mujer cineasta de la historia. Y



Alice Guy

hablamos, que se dice pronto, de la primera y única mujer de la historia, hasta hoy, en ser propietaria de su propio estudio cinematográfico (la Solax Company).

Fue Alice Guy una mujer adelantada a su época, pionera en un mundo, el del cine, copado por hombres. Dio sus primeros pasos como secretaria en la compañía Gaumont y poco a poco fue escalando, gracias a su talento y contumacia, hasta llegar a ser uno de los nombres más importantes de los albores de la industria cinematográfica.

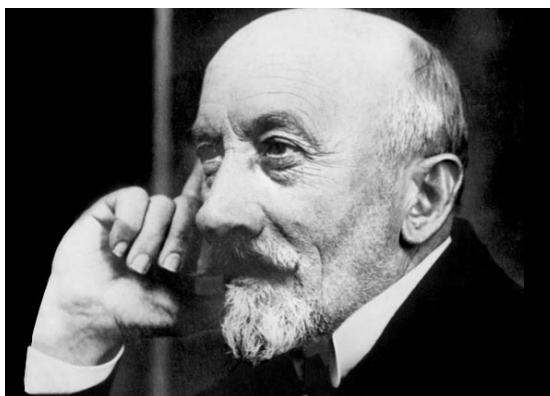
Quienes no la conozcan, se acostumbrarán poco a poco a leer su nombre al lado de los Edison, Lumière, Méliès, Griffith, etc, no sólo por su importancia como cineasta y guionista, sino también por ser una de las figuras más modernas y feministas del séptimo arte, puesto que ayudó a visibilizar diversas injusticias sociales como las sufridas por mujeres como ella (invisibilizada a menudo por la figura de su marido Herbert Blaché o por las convenciones sociales de la época), o como las sufridas por otras minorías como la comunidad afroamericana (fue la primera directora en utilizar un reparto completamente formado por actores de raza negra) o por los inmigrantes, que también como ella, intentaban hacerse un hueco en un país desconocido.



Alexandre Escariz
@Cinercia_

Y se hizo la magia

Teníamos la cámara y con ella llegaron las primeras películas, las primeras escenas. Casi siempre eran pequeños retratos de la vida cotidiana: personas caminando, el tráfico en la ciudad, incluso se atrevían ya con pequeñas historias, aunque todas muy simples. Nos faltaba algo: la fantasía y la magia, la imaginación, provocar la sorpresa en el público y hacernos soñar. Y eso se lo debemos a dos grandes genios: Georges Mèliès y Segundo de Chomón.



Georges Mèliès

fundidos a negro, sobreexposiciones. Como un auténtico artesano fue perfeccionando su arte hasta alcanzar un nivel jamás imaginado para la época, dándonos algunos cortos y escenas que son ya auténticos iconos. No hay un mejor homenaje que el que le hizo Martin Scorsese en su maravillosa película *La invención de Hugo*(2011)

Caso singular es el del turolense Segundo de Chomón (1871-1929). Tuvo la suerte de irse a vivir a París justo en el año 1895, poco antes de la presentación del cinematógrafo Lumière, momento en que quedó cautivado por su magia. Comenzó trabajando en el estudio Mèliès, donde dio sus primeros pasos en el oficio. Apasionado investigador, su pasión por la experimentación le llevó a desarrollar avances que irán desde la filmación fotograma a fotograma, los planos zenitales y los movimientos invertidos hasta los encadenados, la utilización de los caches, las tomas de diferentes proporciones y las sobreimpresiones.



Segundo de Chomón

Creador entre otras técnicas del coloreado a mano, trabajó con gran éxito en Francia, España e Italia, y siempre fue requerido por los más grandes. Uno de sus últimos trabajos fue con Abel Gance en la mítica *Napoleón* (1927).

¿Y qué pasó al final con ambos? Pues el olvido injusto para los dos, sobre todo para Segundo, apenas conocido hoy en día en su propio país. Aunque para eso estamos los locos cinéfilos, para recordarlos y emocionarnos con sus maravillosas películas.



Jaime Fernández
@hansolomieres